

RAFAEL OLEA FRANCO. *En el reino fantástico de los aparecidos: Roa Bárcena, Fuentes y Pacheco*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2004 (Cátedra Jaime Torres Bodet. Serie Literatura Mexicana, VII). 262 pp.

En las páginas iniciales de su libro *En el reino fantástico de los aparecidos: Roa Bárcena, Fuentes y Pacheco*, Rafael Olea Franco transcribe una reveladora cita del escritor José Emilio Pacheco, en la que éste asegura: “La crítica es un vínculo antes que un rechazo. [...] La crítica, en fin, es un género parcial, provisional, hipotético, tan difícil o más que la literatura” ([9]). Reconocido estudioso de la obra de Borges, Olea Franco resume en tal epígrafe la intención última de su volumen de ensayos: vincular al lector, en el sentido de acercarlo, a diversas expresiones de la literatura fantástica en México. Sin embargo, el investigador nos introduce no sólo a una parcela de los universos narrativos de José María Roa Bárcena, Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco, sino también al laberinto de la teoría y de la crítica literarias, con las que entabla un constante y productivo diálogo sobre múltiples principios relacionados con el género fantástico, en general, y sus manifestaciones en el ámbito nacional, en particular. Olea Franco logra lo antes expuesto gracias, por un lado, al claro planteamiento y desarrollo de una hipótesis de trabajo —elemento fundamental, en ocasiones ausente o poco atendido en estudios de esta índole—, la cual se plantea a través de suscintas preguntas, que el autor responde de manera cabal. Y, por el otro, al empleo de métodos de análisis y de exposición, que, por su didacticismo, hacen asequible la obra a un público diverso, compuesto lo mismo por estudiantes universitarios interesados en la literatura, que por lectores especializados, a quienes el texto sugerirá importantes líneas de reflexión y de discusión académicas. Nota aparte, considero que uno de los principales aciertos del libro aquí reseñado es permitir estas diferentes lecturas, pues, como señala el propio crítico “[...] la erudición sin lectores es una caja vacía, sin resonancia de ningún tipo, que corre un riesgo [...]: convertirse en una simple pieza de museo, si acaso accesible para unos cuantos especialistas” (21).

Claros ejemplos del didacticismo al que me referí arriba son la “Presentación” y, sobre todo, el primer capítulo. En la primera, se sintetiza con nitidez el contenido global de la investigación, cuyo objetivo final es responder a la incógnita de si “¿es en realidad la literatura fantástica una tradición cultural enraizada en México?” (13). Tal cuestionamiento rondará por todas las páginas del volumen, entrelazando, vinculando, el contenido de los cuatro capítulos que lo conforman. Cabe señalar que esto, sin embargo, no impide la lectura combinada (en especial del primer apartado con alguno de los subsiguientes) o autónoma de cada uno de ellos. En gran parte, el texto posibilita ambas aproximaciones debido a que, desde el mencionado prefacio, el autor cancela cualquier tipo de respuesta totalizadora –por demás imposible– a tan compleja cuestión; así, opta mejor por seleccionar “[...] tres momentos básicos y representativos de la historia literaria de México para mostrar cómo se ha trabajado el género [...]” fantástico en nuestras letras, “[...] desde el siglo XIX hasta bien avanzada la segunda mitad del XX” (14).

En el segundo ejemplo, el del capítulo inicial, Olea Franco establece una fructífera discusión con varias de las visiones teóricas que se han desarrollado acerca de la literatura fantástica, pasando por la imprescindible y conocida obra de Tzvetan Todorov, los escritos de Roger Caillois, hasta llegar a los artículos más contemporáneos de Rosalba Campa, sin dejar de lado los juicios de aquellos narradores que cultivaron el género como, por ejemplo, Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. A partir de la revisión y discusión de las aludidas posturas teóricas, el crítico no sólo delimita concisamente aquellos términos y conceptos que aplicará en la interpretación del corpus elegido, sino también da a conocer sus propias aportaciones al estudio de lo fantástico (véase su explicación de los principios de la *lógica de la conjunción y de la disyunción*, 62-63). Vale la pena subrayar que tan productivo ejercicio de síntesis conceptual se lleva al cabo también, cuando se requiere, en los apartados ulteriores; lo anterior permite al lector seguir con facilidad los pasos del investigador, quien a su vez respalda sus observaciones con una serie de nociones teóricas palmariamente acotada.

Con base en lo anterior, en las tres secciones siguientes se emprende un riguroso análisis: primero, del cuento “Lanchitas” (1878), del escritor decimonónico Roa Bárcena, “[...] uno de los textos fundacionales [...]” de lo fantástico “[...] en México [...]” (102); después, del emblemático relato “Chac Mool”, de Fuentes, incluido en el libro *Los días enmascarados* (1954); pieza que, casi por sí sola, justifica el ingreso de su creador, “[...] en un sitio preponderante, a la historia literaria de lo fantástico en México” (155). Y por último, de las narraciones “La fiesta brava” y “Tenga para que se entretenga”, de José Emilio Pacheco, publicados en el volumen *El principio del placer* (1972). Si bien cada uno de los materiales citados requirió un tratamiento

específico, lo cierto es que en los cuatro casos Olea Franco consigue desarmar, pieza por pieza, lo que podríamos llamar el mecanismo del texto fantástico. Con ello, confirma la plena pertenencia de estos textos al género; más importante aún, tiende puentes —encuentra y destaca coincidencias— entre las distintas manifestaciones de lo fantástico: el conocimiento y el empleo de los escritores, en particular de Roa Bárcena y Fuentes, de un acervo legendario y popular común; las explícitas referencias a la obra de Fuentes en Pacheco; y la “estrecha relación” de estas experimentaciones fantásticas “[...] con el discurso histórico sobre el país [...]” (16). En cuanto al último elemento, considero que, en especial en los ensayos dedicados a Roa Bárcena y Fuentes, el investigador llega a ilustrativas conclusiones, al revelar cómo en estos relatos se cuestionan los paradigmas dominantes de la época en que cada uno se produjo; demuestra, en fin, que en ellas se conjugan eficazmente la búsqueda del efecto fantástico, con interesantes reflexiones histórico-culturales, refutando así “[...] la absurda acusación endilgada al género, cuya supuesta naturaleza evasiva se esgrimía como un criterio de valor ético y estético” (238).

Como advierte el mismo Olea Franco, la elección del corpus podría parecer un tanto arbitraria (en particular por la distancia temporal entre los escritores); por lo contrario, a mí me parece un acierto que se establezcan este tipo de “vínculos” entre composiciones escritas en tan diversos contextos. Gracias a tal visión diacrónica es posible, por una parte, observar algunas de las características generales de la literatura fantástica mexicana; y, por la otra, más relevante todavía, corroborar que: “[...] lo fantástico es ya una rica tradición dentro de nuestra cultura” (244). Sin duda, todo lo antes señalado hace de *En el reino fantástico de los aparecidos...* una referencia obligada para quien desee acercarse a dicho fenómeno literario en México.

Ganadora del Premio Nacional de Ensayo Literario Alfonso Reyes 2003, la presente investigación es el producto de varios años de trabajo, durante los que, en múltiples espacios, el autor compartió y, al mismo tiempo, depuró, maduró, las ideas que hoy confluyen en el volumen. Estudio minucioso y de evidente rigor académico, el texto de Rafael Olea Franco es, finalmente, también una sugestiva invitación para que se emprendan más estudios sobre el tema, los cuales contribuirían a enriquecer e iluminar zonas, a veces olvidadas, de la historiografía de las letras mexicanas.

ANA LAURA ZAVALA DÍAZ
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM